

ÑO QUEJUMBRE

Desde que leo diarios, por lo menos en Chile, leo ese diario. Tiene algo de bueno, su servicio cablegráfico, por ejemplo, pero tiene mucho de malo: es el diario de una familia y de un grupo de gente que tiene afinidad específica con esa familia, no afinidad consanguínea, sino de intereses materiales. El diario y la familia y los otros aman sólo los intereses. "Estados Unidos no tiene amigo: sólo tiene intereses" dijo un odiado y desaparecido ministro norteamericano. Y los que no tienen intereses o los tienen en oposición a esa familia y ese diario, son enemigos o no existen, por lo menos para ellos. Su símbolo es el dios del comercio y de los ladrones. El diario, hay que decirlo, ha servido al país, lo ha informado, aunque lo ha informado sólo de aquello que no chocaba a sus intereses; le demás se lo ha callado y sus dueños, la familia dueña del diario, ha aprovechado de todo lo que el diario ha dicho y de lo que no ha dicho.

Es una familia cuyo fundador no tenía el nombre que dijo tener y no era, o tal vez no era lo que dijo ser. Enriqueció en las minas, no trabajando en ellas como un ingeniero o un minero, sino comprando minerales; casó con chilena y fundó una familia, y sus hijos, a su vez, crearon otras, unas ricas, otras pobres, más numerosas las segundas; de sus vástagos, y con los enlaces sucesivos, nacieron algunos hombres que se dedicaron a la literatura y algunos que se dedicaron al comercio; nació, además, variada gente anónima. Los comerciantes de la familia, una de las ramas, se enriquecieron; los escritores murieron pobres. Uno de los enriquecidos fue a la patria nativa del fundador y buscó sus rastros en todas partes, sin encontrar ninguno ni de su nombre, ni de la profesión que dijo tener. ¿Quién era? ¿Por qué mintió? Nadie lo sabe.

Otras familias chilenas saben y conocen al dedillo los nombres y antecedentes de sus antepasados y pueden recitar de corrido el árbol genealógico; incluso muchas familias pobres de Chile pueden hacer lo mismo. Esa familia poderosa, no. Descienden de un fantasma, de un N.N. o de un X.X., un aventurero.

Ahí está el diario. Tiene ya ciento cuarenta y cinco años de existencia. Lo han llamado mentiroso y hace poco en Valparaíso oí que lo llamaban hocicón: mentiroso es el que miente, y hocicón es el que habla más de la cuenta y

malintencionadamente; el pueblo distingue bien esa diferencia, no en balde es el creador de las lenguas. Miente para colocar en mala posición a los que amenazan a sus intereses y hociconea — ¿qué les parece este verbo? — cuando quiere abultar los errores o hechos que atribuye a sus enemigos, que éstos han realizado o que han sucedido, o él, el diario, cree que han sucedido. Si una semana falta carne, dirá que los chilenos jamás volverán a comer filete, ni de gato ni de burro, y si otro día un explotado campesino dispara algo contra un dueño de fundo, dirá que ya empezó la guerra civil, aunque ese algo no haya sido más que una rendida. Lo desmienten y se ríe y sigue imperturbable: mientras haya dinero que ganar, seguirá. Como aquel odiado y bien muerto ministro norteamericano, no tiene amigos: sólo tiene intereses. Es el reflejo de sus dueños, su espejo. Narciso se miraba en una corriente de agua. Ellos se miran en un gran billete o en un copioso cheque.

Colocado sobre el horizonte de Chile, en lo alto de su dinero y de sus mentiras, es hoy y ha sido siempre como uno de los siniestros personajes del prólogo de "Macbeth", esas brujas que en lo alto de un torreón del castillo auguran sólo calamidades y desgracia. Se atribuye el haber ayudado al desarrollo de Chile, pero lo ha ayudado sólo en aquello que le reportaba provecho, en aquello en que el diario y sus dueños ganarían dinero propugnando la creación de industrias, por ejemplo, que significaban avisos para sus páginas y dividendos y presidencias y directorios para sus dueños, además de que algunas de esas industrias, ¿cuántas?, muchas, eran de propiedad de la familia, que no sólo disponía de un banco propio, sino de todos los bancos, en los cuales casi siempre figuraba uno de ellos de presidente, de director o de gran accionista. El dinero entraba por todas partes, sigue entrando, mientras entre dinero estamos bien.

Pero no es sólo una bruja la que grita desde lo alto de la torre, ahora son varias, muchas, pues a sus páginas acuden todos los que en este momento se quejan de algo, esos que durante decenas de años ganaron el dinero que quisieron, a sus anchas, y que ahora sienten que alguien les está aserruchando el piso. Ya es una nube de brujas y el alarido de todas juntas se oye hasta más allá de los mares y de las cordilleras. "¡Es el caos! ¡El caos! ¡Debemos hacer algo!". Industriales, comerciantes, directores y

presidentes en potencia de sociedades anónimas, gritan todos a una:
"Gritemos fuerte. Alguien nos oirá".

González Vera, que conocía como pocos el habla popular, aunque no la usaba sino sabiamente en sus escritos, llamaba a los niños llorones, esos que piden algo o que no quieren algo, que se lamentan con pequeños o grandes llantos, de esto, o de lo otro, Ño Quejumbre. ¿Qué le pasa a Ño Quejumbre?, preguntaba a los niños, esos que a veces lloran de una manera que recuerda el grito de la huala, ese pájaro de lagunas que parece un gato maullando o una viuda gimiendo. Huala o bruja, Ño Quejumbre, este de que hablamos, lleva la voz cantante en este concierto de gente que tiene miedo de que les quiten la teta que tan bien los alimentó durante años y años. Ojalá que lloren en vano

1972.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©